

# 1

## La infancia y la adolescencia en la Historia de la Humanidad

Olga Rodrigo Pedrosa

- 1.1.** Evolución sociohistórica de la infancia: ser niño en un mundo de adultos
  - 1.1.1.** La infancia en el Mundo Antiguo
  - 1.1.2.** El niño a partir del Cristianismo
  - 1.1.3.** La infancia y adolescencia a partir del siglo XIX
- 1.2.** La salud infantil a lo largo de la historia
- 1.3.** Práctica reflexiva

## Objetivos

- Comprender que la situación del niño a lo largo de la historia y en las diferentes culturas humanas, ha estado íntimamente relacionado con el contexto socio histórico.
- Entender las circunstancias bajo las cuales se produjo de forma definitiva la mejora de la salud de la población infantil en el mundo.

### 1.1. Evolución sociohistórica de la infancia: ser niño en un mundo de adultos

El papel de la infancia en la historia del mundo es algo apenas documentado. Niños, niñas y mujeres siempre han sido los grandes olvidados por los historiadores. La mayor parte de ellos han centrado su atención en describir e interpretar las grandes hazañas del hombre, entendiendo el hombre como *homo sapiens* macho, sin tener en cuenta que, en todas las poblaciones humanas, y especialmente en las más antiguas, la mayor proporción de individuos siempre han sido las mujeres y los niños los cuales, siempre en la sombra, han desempeñado un papel fundamental en el desarrollo de la humanidad, tal cual la conocemos.

La infancia, tanto desde el punto de vista biológico como social o cultural, puede ser definida como el periodo de tiempo necesario para que la cría humana se desarrolle y adquiera la capacidad biológica y, los conocimientos necesarios para poder sobrevivir en el contexto al cual pertenece. Esto es algo que ha determinado, que la situación de la infancia a lo largo de la historia del mundo, e incluso en la más rabiosa actualidad, esté muy determinado por la sociedad a la que pertenece el niño o niña. No es lo mismo ser un niño y sobrevivir en África que hacerlo en Europa, lo mismo que no es igual ser una niña y sobrevivir en la antigua Roma que hacerlo en plena Industrialización. Los contextos difieren al igual que el papel y la relevancia

social que tiene la población infantil en cada momento de la historia.

Los historiadores se han dedicado tradicionalmente a explicar la evolución sociohistórica en el transcurso del tiempo y ya, desde el propio Platón (siglo IV a.C.), se ha sabido que la infancia siempre ha sido una etapa clave en ello. No hemos de olvidar que los niños y niñas son los adultos del futuro y que, de lo aprendido y vivido durante la infancia, resultará su comportamiento futuro. La frase de San Agustín, “Dadme otras madres y os daré otro mundo”, ha sido repetida por grandes pensadores durante quince siglos sin que haya tenido demasiada repercusión hasta hace relativamente poco tiempo.

La adolescencia, al igual que ocurre con las otras etapas de la vida, no puede ser considerada un fenómeno universal e inmutable en la vida del ser humano si no que, por el contrario, también tiene que ser considerada un producto de las circunstancias histórico-sociales. Hasta finales del siglo XVII no se empieza a utilizar el término “adolescente”. Hasta ese momento, solo se hablaba de “niños” o de “adultos” de manera que la pubertad (transformación física del niño o niña en adulto), era la que marcaba y, todavía marca en algunas culturas del mundo, el límite entre ambas etapas de la vida (es el caso de las “novias niña” de la India y Afganistán casadas en la infancia y consideradas adultas y aptas

para la maternidad a partir de la aparición de su primera menstruación). A finales del siglo XIX, con la Revolución Industrial, hito muy importante en la transformación del mundo, marca una situación de cambio, y los niños y niñas se incorporan muy pronto al mercado laboral (hacia los 7 años). A los niños les llegaban los cambios físicos propios de la pubertad cuando se encontraban inmersos en roles de adultos. Se puede pensar que no había tiempo ni espacio para vivir la niñez, ni la adolescencia. A partir de la introducción de la escolarización y, sobretudo, con el establecimiento de las reglamentaciones que prohíben el trabajo en los niños, es cuando empieza a hablarse de la adolescencia propiamente dicha.

### 1.1.1. La infancia en el Mundo Antiguo

En general, los niños interesaban poco a los antiguos. En el mejor de los casos, podían ver en ellos a un futuro adulto más o menos útil a la sociedad. El rechazo de determinados hijos, muy habitual en muchos momentos de la historia, era para ellos y, desafortunadamente continúa siendo en la actualidad, una forma de control de la natalidad (es el caso actual de las niñas en China y en la India).

El papel que ha tenido la infancia, en estas sociedades antiguas siempre ha sido secundario, como una especie de inversión a largo plazo, especialmente en el caso del niño varón, el cual era considerado como una futura fuerza de trabajo que procuraría la supervivencia de un padre anciano. Esa inversión a largo plazo, era rentable siempre y cuando las condiciones de subsistencia no obligarán a escoger entre la supervivencia de los progenitores y la de los hijos, en tal caso, la decisión tomada siempre por una mera cuestión de supervivencia, era que viviera aquel que aportará más a la subsistencia familiar: el padre y los hijos varones de mayor edad. Esto es

algo que todavía se continúa dando en muchas sociedades humanas.

### a) El Antiguo Egipto

En el Antiguo Egipto los niños y niñas tenían una especial importancia: no hay constancia de que se abandonasen o vendiesen al igual que ha ocurrido en muchos otros momentos de la historia. Concretamente el hijo mayor garantizaba al padre la realización de los ritos funerarios, algo de gran valor para una cultura en el que la muerte y el paso a la otra vida ocupaban un lugar central en la vida de las personas.

Era una práctica habitual que los niños tomaran lactancia materna hasta los tres años de edad por lo que, sobre todo en el caso de las mujeres pertenecientes a las clases más pudientes, habitualmente se recurriese a los servicios de nodrizas. Desde que el niño/a abandonaba la lactancia, su dieta básica se componía de cereales, sobre todo, de pan amasado con cerveza.

Las matanzas de niños de familias reales fueron frecuentes en toda la Antigüedad, en la lucha por ocupar el trono de un país. Existen muchos personajes históricos como Moisés o el propio Jesús de Nazaret que siendo aún lactantes, son salvados de una matanza para evitar su reinado en la época.

### b) El niño en la Antigua Grecia

En la Grecia antigua los adultos consideraban la etapa infantil inútil y sin valor. En Esparta, durante los siglos V y VI a.C., los niños eran lavados con vino nada más nacer para comprobar su resistencia. Posteriormente eran examinados por una comisión de expertos, que dictaminaba si merecía la pena dejar vivir al recién nacido. Los más débiles o defectuosos eran arrojados a las llamadas Apoteyas (literalmente "expositorios"). No se atendían sus llantos y miedos en la oscuridad de la noche. Los que conseguían sobrevivir eran

enviados a cuarteles donde eran sometidos a competiciones de resistencia, azotes y al caldo negro de la comida colectiva. Según Plutarco, los niños vivían desnudos hasta los doce años de edad, momento en el que se les suministraba una ligera prenda que llevaban todas las estaciones del año. Iban descalzos, dormían en camas de caña que ellos mismos debían hacerse, comían poco y les estaba permitido robar, con la condición de que no fueran sorprendidos.

Para muchos griegos de la época, la grandeza de Esparta se basaba precisamente en su particular sistema educativo. En vez de dejar que cada uno se ocupara de sus hijos, los espartanos creyeron que la educación era algo tan importante que no podía dejarse en manos de las familias, si no del Estado. En Esparta no existía la familia, la vida privada, la libertad individual. Los niños eran criados por extraños, con la máxima dureza posible, para hacer de ellos unos buenos soldados.

De todas formas Grecia no fue, ni mucho menos, una excepción en el abandono y sacrificio de recién nacidos y niños a lo largo de la historia de la Humanidad: esto ha sido una constante hasta nuestros días.

A Hipócrates (460-370 a.C), considerado el padre de la Medicina, se atribuye la clasificación de la vida del hombre en diferentes etapas medidas por el número mágico siete: la etapa de bebé (entre los 0 y los 7 años), la de niña (entre los 7 y los 14 años), la de adolescentes (entre los 14 y los 21 años), la de hombre joven (entre los 21 y los 28 años), la de hombre maduro (entre los 28 y los 49 años), la de hombre de edad (entre los 49 y los 56 años) y el anciano (más de 56 años).

### **c) El niño en la Antigua Roma**

La Antigua Roma en general, y sobre todo en sus inicios, destaca por su crueldad. La esclavitud infantil como práctica habitual, el infanticidio de niños y niñas recién nacidos, los abortos indiscriminados

y, sobre todo, la autoridad omnipotente del paterfamilias.

El poder del paterfamilias no tenía límites en el Derecho Romano. La patria potestad comprendía facultades como el derecho a la vida o a la muerte de los propios hijos, a los que incluso podía llegar a vender como esclavos en el territorio extranjero. También podía responsabilizarlos de sus propios actos delictivos, cuando como padre no quería asumir las consecuencias de los mismos.

El derecho por ley a exponer al hijo recién nacido facultaba al padre a abandonarlo con cualquier pretexto. En estos casos niños y niñas eran depositados en la columna lactaria, o en los estercoleros públicos, donde podían ser recogidos por cualquiera o morían de frío, de hambre o eran devorados por los animales. Este era el destino de gran número de niñas y de hijos ilegítimos. Con el tiempo, el derecho a la vida o a la muerte del hijo, en casos graves, quedó coartado por la ley.

El primer abrazo que recibía el niño al nacer era el del padre. En este abrazo se recogía la aceptación del hijo y el compromiso de asumir su crianza y educación. Pero ese compromiso quedaba en parte aplazado hasta que alcanzaba los seis o siete años, edad en la que el padre comenzaba a prestar una atención más directa en la educación y formación de su carácter. Mientras tanto, era entregado a la madre. En el caso de las familias humildes, eran ellas las que amamantaban y cuidaban a sus hijos, pero en la mayoría de las familias con un mínimo de bienestar económico, lo habitual era que encomendasen el cuidado a una nodriza con la que convivían sus primeros años.

No obstante, hay que tener en cuenta que, en la antigua Roma los lazos sanguíneos contaban mucho menos que los vínculos electivos, y cuando un romano se sentía movido a la función de padre, frecuentemente prefería adoptar el hijo de otro o criar el hijo de un esclavo, o un niño

abandonado, antes de ocuparse de su propio hijo biológico.

Existía en Roma la costumbre de asesinar a los niños con deficiencias o enfermos. Incluso el ecuaníme Séneca (siglo I a.C.) señala esta cruel costumbre como algo normal, equiparando en este caso a los niños disminuidos con los animales.

Los romanos, como muchas otras culturas desde la más remota antigüedad, tenían la costumbre de fajar a los recién nacidos los primeros años de vida, sin dejarles ningún tipo de movimiento. Los médicos de la época pensaban que el nacimiento descomponía los débiles miembros del recién nacido y por eso había que protegerlos, hasta que adquiriesen la consistencia suficiente. Esta costumbre con defensores como Platón (siglo IV a.C.) y detractores como el propio Aristóteles (siglo IV a.C.) y Rousseau ya en el siglo XVIII, siguió en vigor durante muchos siglos, especialmente entre las clases más acomodadas, y ha perdurado hasta el siglo XIX.

### 1.1.2. El niño a partir del Cristianismo

El triunfo del Cristianismo supuso un cambio radical en la historia, renovador y revolucionario, por defender la igualdad de todos los hombres como hijos de un mismo Dios y padre, prescindiendo de su raza, su procedencia, de su condición libre o esclavo, de que fuese hombre y mujer.

Jesús de Nazaret proclamó, por primera vez en la historia, la dignidad del hombre y la mujer, defendió a los niños e introdujo un nuevo mandamiento desconocido hasta entonces: el amor a todos, incluso a los enemigos. Los cristianos tuvieron presentes las referencias que los Evangelios recogieron respecto a la infancia, sobre todo las frases de cariño de Jesús presentando a los niños como ejemplo de sencillez e inocencia.

A partir de los siglos II d.C. y III d.C., profundamente influenciado por la mentalidad cristiana, aparece un modelo distinto de la familia y del niño. El matrimonio asume una dimensión psicológica y moral que no tenía en la Roma antigua. La unión de los dos cuerpos se hace sagrada, al igual que los hijos e hijas que son fruto de ella. Los vínculos naturales, carnales y sanguíneos son más importantes que el concubinato y el nacimiento, más que la adopción.

El infanticidio, por primera vez en la historia se convierte en delito. Está prohibido abandonar a los recién nacidos, los cuales están rigurosamente tutelados por la ley (la de la Iglesia y la del Estado). Los infanticidios y los abortos están severamente condenados y perseguidos judicialmente. No obstante, y pese a la prohibición eclesíastica, las familias más humildes que apenas tenían recursos para poder comer, seguían atentando de forma frecuente contra la vida del feto o contra la del recién nacido.

La política de la Iglesia, formalmente contraria al infanticidio, favoreció de forma indirecta el abandono de niños a las puertas de las iglesias, desde la Edad Media hasta hace relativamente poco tiempo. Esta alternativa al infanticidio fue tan practicada que se tuvieron que construir en toda Europa hospicios especiales para acoger a los niños abandonados. Hubo momentos donde más de la mitad de la población infantil había sido abandonada en algún tipo de institución.

La mortalidad entre los huérfanos abandonados era especialmente elevada. Las causas de esta alta mortalidad eran diversas. Podemos destacar entre ellas la circunstancia en la que se producía el abandono, con el recién nacido expuesto sin protección al frío o al calor, o a las fauces de los animales domésticos que campaban libres por las calles de pueblos y ciudades. Algunos hospicios, regentados por órdenes religiosas, instalaban a la puerta una zona segura para poder abandonar al niño impunemente y con menos

riesgos para él. Otra de las causas frecuentes de mortalidad era el hacinamiento y las malas condiciones higiénicas sanitarias, que favorecían la transmisión de las enfermedades infecto-contagiosas tan frecuentes en la infancia.

La Iglesia también prohibía el infanticidio en caso de deformidad o tara del niño o niña, pero su interpretación no era muy diferente a la de las antiguas supersticiones: las malformaciones congénitas eran entendidas como un castigo de Dios por algún inconfesable pecado cometido por los padres. No es de extrañar que la mayor parte de las familias se deshicieran de ellos o los enclaustraran de por vida para evitar la estigmatización social.

La esclavitud infantil, bastante común durante toda la historia de la Humanidad, se mantuvo durante la Edad Media. Al igual que en la Antigüedad la condición servil de un niño provenía de las guerras o del nacimiento por ser hijo de una esclava prisionera. También los padres con dificultades económicas podían vender a sus hijos como esclavos. En ciertos casos, la venta de niños o niñas por sus padres podía representar una forma de supervivencia. La Iglesia, al contrario que en el caso del infanticidio y el aborto, no se enfrentó al problema de la esclavitud infantil.

Los hijos de familias humildes participaban en las tareas de la casa que no implicaran un excesivo peligro: recogían frutas, acarreaban agua para la casa, la madera para el fuego, cuidaban de los hermanos pequeños, etc. De este modo la comunidad familiar constituía, desde el comienzo, una escuela donde el niño y niña humilde aprendía muy pronto que para comer era necesario trabajar. Al mismo tiempo, iban adquiriendo conocimientos del oficio paterno que, en la mayoría de los casos, sería también el suyo.

A partir de la Revolución Industrial (siglo XVIII), los niños fueron utilizados como mano de obra barata, en condiciones muy similares a la esclavitud. Su docilidad, sus

pequeñas manos que los hacían más aptos para determinados trabajos y, sobre todo, sus bajos honorarios hicieron que, en muchos momentos de la historia, la mano de obra de estas fábricas fuera fundamentalmente infantil.

No obstante, también fue la Revolución Industrial con las mejoras en las condiciones de vida, que implicó a medio plazo, a que se establecieran las primeras leyes de protección a la infancia referida al trabajo infantil.

### **1.1.3. La infancia y adolescencia a partir del siglo XIX**

A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, fue creándose la opinión pública favorable hacia una legislación internacional a favor de la infancia. En este tiempo fue cambiando la mentalidad, la sensibilidad de la opinión pública y las leyes a favor de la infancia. Para hacernos una idea, habrá que compararlo con el tiempo que necesitaron las conquistas de las mejoras laborales en nuestro mundo occidental: fue un camino lento y arduo que todavía perdura, especialmente en los países más empobrecidos del planeta.

Por fin el 24 de septiembre de 1924, la Sociedad de Naciones Unidas con sede en Ginebra adoptó como suya la carta de la Unión Internacional, consistente en los siguientes puntos:

1. Los niños han de poder desarrollarse de modo normal, material y espiritualmente.
2. Los niños que tienen hambre han de ser alimentados. Los niños enfermos han de ser curados. El niño retrasado ha de ser estimulado. El niño desviado ha de ser dirigido. El huérfano y el abandonado han de ser recogidos y atendidos.
3. El niño ha de ser el primero en recibir ayuda en momentos de desastre.

4. El niño ha de ser protegido contra cualquier explotación.
5. El niño ha de ser educado en el sentimiento de que habrá de poner sus mejores cualidades al servicio de sus hermanos.

Es obvio decir que estos principios no son sino objetivos a conquistar y pautas a seguir. Otro paso muy importante fue la **Declaración de los Derechos del Niño**, proclamada por unanimidad en la Asamblea General de Naciones Unidas, el 20 de noviembre de 1959. Fue la carta magna de obligado cumplimiento respecto a los niños de todo el mundo, prescindiendo de raza, del color, etc.

La Convención de los Derechos de los Niños de las Naciones Unidas, aprobada por la Asamblea General celebrada el 20 de noviembre de 1989, constituye un hito histórico que implica reconocer a los niños

y niñas como objeto de derechos. Está incluida plenamente en nuestro ordenamiento jurídico y puede ser invocada ante la sociedad y los tribunales (BOE del 31 de diciembre de 1990).

En el año 1992 el Parlamento Europeo aprobó la Carta de los Derechos del Niño (3-0172/92) en la que, además de establecer los derechos de los niños en los países europeos, se pide que cada estado nombre un defensor de éstos, figura que en España es el Adjunto del Defensor del Pueblo (Ley Orgánica 1/1996, de 15 de enero, de Protección Jurídica del Menor).

A partir de aquí muchas han sido las iniciativas públicas y privadas para hacer cumplir los derechos de niños y niñas y mejorar su situación a nivel mundial entendiendo, que ellos serán los adultos del futuro y los que, por lo tanto, serán los que determinarán el curso de la historia en un momento dado.

## 1.2. La salud infantil a lo largo de la historia

La mortalidad infantil, hasta fechas relativamente recientes, siempre ha sido muy elevada. Recordemos que la familia, en situaciones de carencia, invertía sus recursos de subsistencia en aquellos miembros de la misma que más podían aportar a la economía doméstica. Los más afectados, y los que más han padecido la explotación, el abandono, el hambre y todo tipo de carencias, han sido aquellos que menos valor han tenido para prácticamente todas las sociedades humanas: los niños pequeños, las niñas y las mujeres.

La gran explosión demográfica producida a partir de la segunda Guerra Mundial (1939-1945) está íntimamente relacionada con la disminución de la mortalidad, especialmente la infantil. Las tres revoluciones industriales acaecidas en el mundo a partir del siglo XVIII, dieron como resultado una mejora muy significativa en las condi-

ciones de vida de la mayor parte de la población mundial, especialmente en el caso del mundo occidental. Esto repercutió en una mayor inversión de recursos en la supervivencia de los más débiles, especialmente de los niños, al ir desapareciendo progresivamente del mundo las economías de subsistencia.

En general la alta mortalidad infantil, en todas las etapas de la historia, ha obligado a mantener unas altas tasas de natalidad. Mientras se tendía a elevar el número de hijos, las familias eran conscientes que la mayor parte de ellos no sobrevivirían o que, si lo conseguían, no podrían ser alimentados dentro de ellas. En todas estas sociedades, carentes de vacunas y antibióticos, con hacinamiento y hambrunas era muy habitual el contagio entre hermanos formándose terribles cadenas de mortalidad, que contribuían a mantener la pobla-

ción mundial relativamente estable, con unas tasas de mortalidad y natalidad prácticamente iguales.

A falta de una medicina efectiva, en estas sociedades los niños estaban, desde su nacimiento, rodeados de todo tipo de medidas contra la muerte: exorcismos, amuletos, purificaciones, etc. No obstante, estas medidas no contribuyeron a la mejora de la mortalidad infantil. Las epidemias se cebaban en la fragilidad de niños y niñas. Los médicos buscaban inútilmente las causas y muchos los consideraban como castigos de los dioses, en respuesta a comportamientos condenables de los progenitores.

En el antiguo Egipto se sabe que la práctica de la medicina combinaba el conocimiento médico y mágico. En escritos tan antiguos como el Papiro de Ebers (1500 a.C.), hay capítulos sobre el nacimiento del niño y sus primeros cuidados, la lactancia, el tratamiento de las infecciones urinarias y de los parásitos intestinales. En China los herboristas mezclaban complejas fórmulas para el tratamiento de la fiebre y las convulsiones infantiles.

Según las obras de Galeno y de Celso (siglo II d.C.) las enfermedades infantiles más frecuentes en la Antigüedad eran la tuberculosis, las infecciones intestinales, los catarros y la disentería. Afortunadamente no todas ellas conducían inevitablemente a la muerte: una alimentación adecuada, una buena temperatura, descanso y determinados tratamientos médicos (preparados o sangrías, según los casos) en muchas ocasiones lograban su curación.

Al igual que en la actualidad, los accidentes, por falta de vigilancia o por azar, eran causas frecuentes de lesiones, enfermedades o muerte. Tanto en las ciudades como en los pueblos los niños han sido siempre víctimas de caídas, atropellamientos, incendios y otros muchos tipos de accidentes. Muchos otros eran provocados por padres poco instruidos en los cuidados del niño: varios concilios aprobaron con-

denas contra los padres que asfixiaban a su hijo por acostarse con ellos, otros aconsejaban a las madres que dieran de mamar a sus hijos con cuidado para no ahogarlos, que nos los dejaran solos en casa sin la debida vigilancia, etc.

Las grandes epidemias y hambrunas de los últimos siglos medievales constituyeron una tragedia, ya que diezmaron la población de Europa. La peste negra de los siglos XIV y XV provocó una gran oleada de muertes, especialmente infantiles. Los cronistas de la época lamentaban el comportamiento de muchos padres, que abandonaban a sus hijos por miedo al contagio. Las familias acomodadas, con muchos más medios, huían al campo y seguían los consejos médicos: evitar la humedad y el frío, desinfectarse con olores fuertes como el vinagre, comer alimentos frescos y hervidos... y llevar en definitiva una vida sana para huir de la muerte.

Los cien años que siguieron a la peste de 1348, fueron un periodo catastrófico que golpeó particularmente a la población infantil. Los tratados médicos intentaban explicarlo, apelando a la constitución de la naturaleza fría y húmeda de los niños que, como las mujeres, los hacía más vulnerables a la enfermedad. No obstante hay que tener en cuenta que, a partir de la época medieval, los cuidados corporales de los que se veía rodeado el niño, especialmente los más pequeños, estaban muy alejados de las normas de higiene actuales. La suciedad se consideraba benéfica, apenas se les lavaba la cabeza, ya que pensaban que la grasa embellecía los cabellos y protegía la fontanela. Lo mismo en relación a los piojos, muy frecuentes en la población infantil, incluso en nuestros días: se evitaba su proliferación mediante el despiojamiento, pero siempre se dejaba alguno, porque se pensaba que se comían la mala sangre. Esto es algo que pudo haber contribuido a la alta mortalidad infantil de la época.

La medicina del siglo XV en Europa, prestó mucho interés a la infancia. Son un

buen ejemplo de ello los tres primeros libros sobre el tema: el *Libellus de aegritudinibus infantium* (Manual sobre las enfermedades de los niños), del italiano Paolo Bagellardo (1472); el *Ein Regiment den jungen kinder* (Regimiento de los niños pequeños), del alemán Bartholomäus Metlinger (1473); y el *Opusculum aegritudinum puerorum* (Opúsculo de las enfermedades de los niños), del flamenco Cornelius Roëlans (1485). La contribución española a la literatura sobre las enfermedades infantiles sería muy notable, aunque sin alcanzar la importancia de la italiana y la alemana. Destacan títulos como el *Regimiento de los niños* que el mallorquín Damián Carbó incluiría al final de su *Libro de las enfermedades de los niños* (1551).

Carbó (1541) en uno de los principales tratados de pediatría que se realizan en aquella época en España (*Libro del arte de las comadres o madrinas y del regimiento de las preñadas, las paridas y los niños*) también hace referencia a cómo debía ser la alimentación del recién nacido: “para que el niño se críe sano es conveniente cuidar la forma de darle de mamar: (...) la más dulce cosa para el niño es la leche de la madre (...). La madre deberá siempre que pueda, darle el pecho ya que era el mismo alimento que recibía en el vientre materno pero de distinta forma. En un principio no se le administrará, al menos durante un mes, para que se limpie su purgación. Para que ella dé su leche, tendrá en cuenta las siguientes condiciones: que no padezca calentura (fiebre), que tenga buenos pezones, que no le dé en ayunas (...)”.

Todos estos libros intentaron ofrecer un estudio sistemático de los niños y de sus enfermedades. Soriano incluyó treinta y nueve enfermedades, entre las que resultaban habituales las “encías entumecidas y ulceradas” (estomatitis aftosa), las “cámaras” (diarreas), el “pasmó” (tétanos), la “inflamación de los oídos” (otitis), el “dolor de barriga”, las “viruelas”, las “potras” (her-

nias), la “madre de niños” (epilepsia), las “lombrices” o el “garrotillo” (difteria).

El diagnóstico y el tratamiento de estas enfermedades estaban basados en la tradición hipocrática-galena (como toda la medicina hasta la época). La viruela y el sarampión eran consideradas una consecuencia de que la sangre del niño se mantuviera todavía mezclada con parte de la sangre menstrual. Para la “nube de los ojos”, que provocaba la ceguera del niño, se recomendaba el empleo de miel virgen aplicada sobre los párpados. Las úlceras bucales, resultado del amamantamiento, debían ser prevenidas mediante una dieta adecuada de las propias nodrizas. La tos infantil de signo catarral era explicada también, según la teoría humoral, como una consecuencia directa del movimiento de los humores fríos de la cabeza hacia la nariz, la garganta, el pecho y los pulmones. La terapia, en este caso consistía en provocar vómitos para que fueran expulsados por la boca los humores gruesos y viscosos. Contra las tenias se empleaban toda una serie de medicamentos amargos como el ajenojo o la ruda.

El escaso número de médicos antes de finales del siglo XIX, obligaba especialmente en los medios rurales, a tratar muchas de estas enfermedades con remedios tradicionales. Entre los recién nacidos, las afecciones más benignas como la ictericia, no preocupaban mucho, pues la experiencia demostraba que en pocos días el niño se solía recuperar por sí solo. La sarna y las “costras de leche” (costra Láctea) eran consideradas beneficiosas para el pequeño por lo que no se solían tratar. Las gastroenteritis, muy frecuentes en toda la Antigüedad y todavía hoy en día en los países empobrecidos, podían llegar a ser mortales en muchos casos: se las combatía con ayuda de ungüentos y cataplasmas elaborados a partir de espinaca, manteca de cerdo, huevos y aceite de nueces, aplicados sobre el vientre del niño.

Algunas enfermedades infantiles como el raquitismo y la sordomudez, no sólo

eran combatidas con remedios naturales sino que, con mucha frecuencia, se recurría a las creencias populares y a la tradición mágico-religiosa. Hijos delicados y enfermizos dieron lugar a peregrinaciones hasta iglesias y capillas donde se veneraban santos “especialistas”.

Lo que más han temido las madres, han sido las epidemias. Más que a la viruela, que padecía afectar más al niño a partir del primer año de edad, se temía al sarampión, a la escarlatina y a la difteria. Muchas de estas enfermedades, no tuvieron un remedio eficaz hasta la segunda mitad del siglo XIX, con el descubrimiento de los antibióticos. No obstante, en el caso concreto de la viruela, ya desde el siglo XVIII, en diversos países europeos, se iniciaron algunas prácticas inoculatorias aprendidas del mundo oriental. El método empleado en China desde el siglo X consistía en inhalar costras pulverizadas de pústulas de viruela en las cavidades nasales.

La extensión de una vacunación masiva infantil para luchar contra la viruela no se produjo, hasta el último tercio del siglo XIX con la acción del Instituto Nacional de Vacunación (1871), el Instituto de Sueroterapia, Vacunación y Bacteriología en 1899 y la estipulación, tres años más tarde, ya en el siglo XX, de la obligatoriedad de la vacuna. A partir de este momento, la tasa de mortalidad infantil comenzó a disminuir significativamente.

La caída de las tasas de mortalidad infantil, especialmente la perinatal, y la mejora en la calidad de vida de los niños europeos, se sitúa a finales del siglo XIX y a principios del XX, es decir, hace relativamente muy poco tiempo. Fueron muchas las circunstancias que contribuyeron a ello, especialmente, las relacionadas con las mejores condiciones de vida, resultado de las tres Revoluciones Industriales (especialmente las dos últimas) y un mayor acceso a los recursos económicos por parte de todos los estratos de la

población. Las mejoras en las medidas higiénico-sanitarias y, sobre todo, en la alimentación, contribuyeron a disminuir tanto la presencia como el contagio de las enfermedades infecto-contagiosas, responsables de la mayor parte de mortalidad infantil en la época.

Las condiciones del nacimiento fueron mejoradas gracias al trabajo de las comadronas, cada vez más numerosas y mejor adiestradas a partir del siglo XVIII. En 1784, el obstetra inglés David Spense escribió un libro informativo titulado *A system of midwifery theoretical and practical*, dirigido a ellas. En él había un apartado dedicado a describir cómo tenía que ser el cuidado del recién nacido: debía bañarse poco después del nacimiento, había que envolverlo en una faja y se le debía vestir con ropas flojas en lugar de envolverlos con mantillas apretadas. Si tenía asfixia se aconsejaba frotarle el cuerpo con esencias delante del fuego, o bien la inmersión en un baño de agua caliente. Defendía en su libro la lactancia materna, pero daba dos alternativas cuando no podía llevarse a cabo; una consistía en emplear a una nodriza, cuyas cualidades fundamentales debían ser el buen temperamento, la ausencia de enfermedades venéreas y la buena producción de leche; la otra opción, consistía en alimentar al recién nacido con una cuchara, cuerno o bota con tetina artificial.

La alimentación de la primera infancia, con una lactancia definitivamente materna o bien con sustitutos, papillas, leches artificiales, de mejor calidad también contribuyó a disminuir las cifras de mortalidad infantil.

Los pediatras alemanes del siglo XIX se interesaron, sobre todo, por la lucha de las enfermedades gastrointestinales derivadas de unas malas prácticas alimentarias. Toda la investigación desarrollada por ellos, culminó con el desarrollo de la higiene pasteuriana (pasteurización) tras 1890. A partir de este momento, se generalizó la utiliza-

ción de los biberones de vidrio con tetinas de caucho que se podían esterilizar con agua hervida, para poder destruir cualquier “nido de microbios”.

A diferencia de los siglos anteriores, los médicos de finales del siglo XIX, conocían las causas reales de las enfermedades y sabían por qué las medicinas que empleaban eran eficaces. De esta manera, podían persuadir a las madres de que siguieran sus consejos; de no hacerlo, sólo ellas serían las responsables de la muerte de sus pequeños. Esto, a nivel de la mentalidad colectiva, constituyó un cambio definitivo: ante la muerte de un niño ya no se podía seguir implorando al fatalismo o a la mala suerte.

A partir de este momento, el sentimiento de culpabilidad se convertiría en uno de los componentes fundamentales del arte de ser padres y, uno de los motores principales de la medicalización definitiva de la sociedad occidental, con respecto a la infancia. Esta transformación cultural definitiva se produjo, entre los años 1890 y 1930. También la presión ejercida por los médicos (se comienza a utilizar el término puericultura) obligó cada vez más a la intervención de los estados, pues el cuidado de los niños se convirtió en una pieza política fundamental.

La medicina infantil encontró a lo largo de los siglos XVIII y XIX su auge como especialidad, e incluso llegó a contar con

sus propios hospitales. En 1769, Armstrong creó en Londres el primer hospital para niños pobres. En Francia el primer hospital para niños enfermos, fundado en 1802, fue un modelo de clínica pediátrica que se difundió lentamente en Europa aunque, su existencia posterior estuviera llena de dificultades: sus locales resultaban insuficientes e insalubres al no separar a los niños con enfermedades infecto-contagiosas de los demás. Todavía a finales del siglo XIX, el número de hospitales era insuficiente.

En Italia, hacia 1896, existían unos noventa y seis centros de este tipo repartidos por todo el país. En Inglaterra, el aislamiento de los niños contagiosos se produjo con anterioridad: en 1852 Charles West fundó para tal fin el hospital For Sick Children, destinado a tratar enfermedades contagiosas o muy graves de la infancia. Para los niños con afecciones quirúrgicas o médicas no contagiosas, existían en cada barrio pequeños hospitales dispensario, con camas dispuestas para hospitalizaciones breves.

En España, el establecimiento de puntos de especialización se produjo a partir de 1876 con la construcción del Hospital del Niño Jesús en Madrid. Las enseñanzas de la Pediatría se institucionalizaron a partir de 1886 (cátedras de Madrid, Barcelona, Zaragoza y Granada) y las primeras oposiciones se celebraron en 1888.

Para aquellas personas interesadas en ampliar sus conocimientos sobre la Historia de la Infancia se recomienda la lectura de alguna de estas magníficas novelas:

Anónimo. *El lazarrillo de Tormes*. 1554  
Dickens, C. *Oliver Twist*. 1837.  
Baroja, P. *La busca*. 1904.

Joffo, Joseph. *Un saco de canicas*. 1973.  
Auel, J. *El clan del oso cavernario*. 1980.  
Süskind, P. *El perfume*. 1985.  
Follet, Ken. *Los pilares de la tierra*. 1989  
McCourt, F. *Las cenizas de Ángela*. 1996.  
Falcones, I. *La catedral del Mar*. 2006  
Boyle, J. *El niño del pijama de Rayas*. 2006.

## 1.3. Práctica reflexiva

Busca información sobre la situación de la infancia en los países más pobres a nivel mundial: índices de mortalidad, de natalidad, causas de mortalidad infantil, condiciones de vida, trabajo infantil, etc. Recomendamos consultar la página web de UNICEF ([www.UNICEF.es](http://www.UNICEF.es)) y de la OMS ([www.who.int](http://www.who.int)).

Una vez que hayas recogido estos datos:

1. Compara los datos obtenidos en tu búsqueda con la situación de la in-

fancia antes del siglo XIX que has leído en el capítulo del libro.

2. Reflexiona sobre las siguientes cuestiones:

- ¿Ha variado mucho la situación de la infancia en los países más pobres del mundo?
- ¿A qué crees que se debe este fenómeno?
- ¿Qué puedes hacer tú como futura enfermera para contribuir a esta evolución?